MARXISMO Y CATEQUESIS

Publicamos el texto que el padre Pedro Arrupe preparó el 16 de septiembre de 1977 y que sometió por escrito al Secretariado del Sínodo de Obispos.

La catequesis no puede hacer caso omiso del marxismo, especialmente en unos tiempos en que ésta, con toda razón, incluye la dimensión política de la vida y obligaciones del cristiano. Tratar correctamente del marxismo es ciertamente difícil dada la gran variedad de marxismos que hoy existen. Por ello, la presentación catequética del marxismo debe acomodarse a los diferentes lugares y circunstancias. También deberá tenerse en cuenta las etapas de madurez sicológica e intelectual, ya se trate de catequesis a niños, a jóvenes o adultos. En todo caso, es imposible ignorar el marxismo y, a partir de cierto nivel de desarrollo intelectual, no es posible dejar de referirse a él expresamente. El silencio significaría que la catequesis cristiana está gravemente incapacitada para tomar posición ante opciones tan importantes que hoy se ofrecen a los hombres.

A veces —donde se presente el caso— habrá que distinguir entre programa socio-político limitado y concepción de la sociedad en su relación con el destino del hombre. En tal caso, el punto de partida serán las distinciones puestas de relieve por la **Octogesima Adveniens** (1971, n. 33). Sin dejar de advertir que, según la misma **Octogesima Adveniens**, tales distinciones raramente y con dificultad se llevan hasta sus últimas consecuencias en la vida concreta: "si bien en el marxismo, tal como es concretamente vivido, pueden distinguirse estos diversos aspectos... sería ilusorio y peligroso olvidar el lazo último que los une radicalmente, el aceptar los elementos del análisis marxista sin reconocer sus relaciones con la ideología, el entrar en la práctica de la lucha de clases y de su interpretación marxista, descuidando el percibir el tipo de sociedad totalitaria y violenta a que conduce este proceso" (n. 34).

I

Como muchos de los elementos de la **ideología** propiamente dicha del marxismo están en el aire que se respira, incluso donde más empeño se pone en hacer distinciones, es importante que la catequesis se refiera a esos elementos. No es por espíritu polémico, sino en la perspectiva de una presentación serena de la fe y de la vida cristiana que no quiere dejarse sofocar.

¿En qué capítulos de la catequesis ha de llevarse a cabo este encuentro?

Ante todo, pienso en el capítulo de las relaciones del hombre con Dios, que la mayoría de los marxistas creen que es una proyección ilusoria sin más fundamento (transitorio) que la actual miseria social que provoca esta evasión. Efectivamente, leyendo la experiencia humana a la luz del Evangelio, el cristiano, por el contrario, tiene conciencia de ser un hombre llamado por Dios, cualquiera que sea la condición en que se halle y, además, de ser capaz de descubrir el mal social en sí mismo y de luchar contra él precisamente porque él es algo más que un mero ser social. El cristiano ve al hombre como algo muy grande; no verlo tan grande es empequeñecerlo demasiado, incluso hacerlo inepto para esa superación social que se le propone. Inversamente, al incitarle seriamente a esa superación, se lo está llamando a mucho más; un movimiento semejante no se limita al establecimiento de nuevos lazos sociales. Tampoco habrá de omitirse —en ambientes en que circula esta concepción— la referencia a la doctrina que pretende reducir todo a un eterno desarrollo dialéctico de la materia, sin que jamás pueda elevarse por encima de sus solas potencialidades. Eso sería mutilar la realidad y excluir cualquier fundamento para una ética que, sin embargo, se le exige (implícita o explícitamente). Total contradicción de una doctrina que en algunos aspectos tiende a exaltar al hombre mientras que en otros lo minusvalora exageradamente. El cristiano sabe que vive en su propio ser la paradoja de pertenecer a este mundo y, al mismo tiempo, ser muy capaz de superar las potencialidades de éste, ayudado por Dios y destinado a participar de su vida.

Seguidamente, por supuesto, Cristo, su persona, su *significación para cada uno de los hombres*, está en el corazón de la catequesis.

Cristo salvador de los hombres: único salvador. Es inevitable abordar entonces el tema de la esperanza de salvación, terrestre si se quiere, pero definitiva, que el marxismo coloca en una clase de hombres, el proletariado. Como remate de una prehistoria de lucha de clases y de miserias, el proletariado, sólo él, acabaría por reconciliar a los hombres entre sí y a la humanidad con la naturaleza. El proletariado es el germen de la nueva y definitiva sociedad en que, gracias a él, la sociedad ha de desembocar. Hay marxistas que, además, atribuyen al proletariado rasgos de una inaudita pureza moral. Marx no le hacía tal honor; aunque no dudaba en reconocer el privilegiado papel histórico de esta clase, por encima de cualquier otra, desde el mismo momento de constituirse.

En definitiva, estamos frente a una perspectiva que coloca el centro de la historia en alguien que no es Cristo, sin que ese alguien —a diferencia de Cristo, Hijo de Dios— tenga título válido para constituirse en centro de la historia. Así, para el cristiano la muerte y la resurrección de Cristo, y no una revolución —ni siquiera la del proletariado—, es el centro de la historia y del destino de cada hombre; y lo es, porque en ella se manifiesta no un rasgo humano más perfecto, sino la realidad del Hijo de Dios. Basado, pues, en su esperanza —que coloca en un Cristo digno de ella— el cristiano manifestará una actitud realista ante toda realización humana: no despreciará ningún esfuerzo de progreso social, pero no verá en ninguna realización

de este tipo la perfección de su destino. En torno a él, hombres; sin más, salvo Cristo; y ningún hombre ni grupo, fuera de Cristo, es salvador.
El cristiano, por otra parte, no concede que la historia tenga un centro meramente humano, porque conoce la existencia de un centro que vale para todo hombre y toda historia. Uno de los grandes defectos del marxismo es que no conoce salvación o reconciliación más que a partir de un momento. Prehistoria y después historia. En ese momento privilegiado no participan, consiguientemente, tantos hombres como han vivido antes. Su destino ha sido mezquino. Por brillante que sea la memoria que algunos hayan podido dejar, todos han vivido en vano por no haber tenido parte alguna en el pasado ni poder tenerla en el futuro en el acontecimiento de la reconciliación. Al contrario: la misericordia se la ha hecho Dios a todos.
No se trata, como se ve, de simples puntos de doctrina social cristiana, sino de la concepción de la relación a Dios, de la antropología y de la cristología que están en el corazón de toda catequesis. Si ésta quiere ser eficaz, debe conducir a este discernimiento de doctrinas o tendencias que pondrían en conflicto a la fe y a la vida cristiana en lo que tienen de esencial. Doctrinas y tendencias, digo, porque se ha hecho aquí asunto a menudo de lo implícito tanto como de lo explícito: tanto en relación a lo uno como a lo otro, la catequesis debe ayudar a situarse cristianamente.

II

Por lo demás, la catequesis, al abordar la dimensión política de la vida cristiana, no puede menos que tratar de los **programas socio-políticos** del marxismo (más o menos distintos de la ideología). La fe cristiana no constituye por sí misma un programa sociopolítico detallado. Por ello no se puede rebatir un programa con otro. Pero se deberá adiestrar al joven cristiano a discernir los programas políticos que nunca son un producto puro y simple de la observación científica de los hechos, sino también expresión y afirmación de los valores. Podemos equivocarnos al juzgar los valores o la escala de los valores. La fe en Jesucristo sitúa a los valores de un modo determinado.
Un programa político marxista puede así incluir el fomentar la lucha de clases hasta el fin, persuadido de que la plena victoria de una de ellas, promete, y promete solamente, el éxito. Entonces hay que invitar al cristiano a que destape y discierna el sistema de valores que se oculta en ese programa, quizá sin que él se de cuenta. Descubrirá, sin duda, un profundo sentido de justicia que, naturalmente, debe animarlo a luchar por la justicia. Pero quizá descubra también que se fía más del proceso violento en sí que del sentido de justicia. Parece que no se admite que individuos de la otra clase, una vez convertidos, puedan trabajar por la justicia con no menos entusiasmo: y, como resultado de ello, se ahorra el esfuerzo de convertirlos. O bien, da la impresión de que se es insensible al hecho de que la violencia como tal es, a lo sumo, necesidad, nunca un valor: no se procura implantar la justicia. Habituados hoy a ser violentos, se corre el grave riesgo de seguirlo siendo en el mañana. O también: se tiende al ideal de una vida social plenamente reconciliada, pero ¿no se contradice eso con los medios empleados para conseguirlo? Y, una vez perpetrada esa contradicción, no se alcanzará jamás ese ideal: ¿por qué se va a dejar de tratar mañana a algunos hombres del modo como fueron tratados ayer? Por su parte el cristiano no excluirá toda violencia (que en la ambigüedad de la acción se presenta a veces como necesaria), pero excluirá **esta** confianza en el proceso violento.

Un programa político marxista puede incluir también el proyecto de socialización de los bienes de producción, aunque no sea más que por medios pacíficos. Ordinariamente será bajo forma de estatificación. Una vez más habrá que enseñar a discernir los valores que entran en juego. Valor de mayor justicia, que habrá de suscribirse plenamente (los bienes de la tierra son para todos los hombres), pero mezclado tal vez con una confianza ciega en el mecanismo de la estatificación: en ese caso ¿no hay peligro —si es que no se toman precauciones muy serias— de negar los valores de responsabilidad y de participación que aparecen como no menos esenciales a quien reconoce en el hombre el lugarteniente de Dios? En el peor de los casos, hay que llegar a compromisos; siempre habrá que esforzarse simultáneamente por alcanzar aquellos y estos valores, y no unos con exclusión de los otros. De no ser así, no se conseguirán ni siquiera los que se pretenden.

Una catequesis tan práctica como la que aquí propugnamos, no deberá descuidar el **modo** con que se vive y lleva adelante un programa político. ¿Y no se descuida al presentarlo como un equivalente de salvación? o ¿cómo un valor total para el hombre y la única dimensión que merece su esfuerzo? En ese caso se corre el riesgo de cerrar al militante otras dimensiones importantes de su vida. ¿No hay inquietantes silencios —"hacer el vacío"— en la militancia marxista: sobre la dimensión del amor familiar, sobre las generaciones que no lograron el fruto de sus esfuerzos, sobre la muerte...? Al pretender minimizar toda esa zona del misterio del hombre ¿no existe el peligro de hacerle efectivamente insensible a toda una parte de su realidad? ¿No se mutila la vida que el cristiano ha descubierto que es más rica? El cristiano, por consiguiente, aprenderá a dar a los proyectos políticos todo el valor y la importancia que tienen, pero también a situarlos en el conjunto de los intereses del hombre.
No se tratará de atiborrar de ideas... Afortunadamente, la catequesis contemporánea en general se va alejando de ese método simplista. Se trata de formar para el discernimiento, capacitando para abordar las formas siempre nuevas con que se presentan las ideologías y los programas. Y también ser sensibles a la evolución, porque también se da cierto tipo de evolución en el mundo marxista. Hacer capaces de reconocer sin dificultad lo bueno que hay en ese movimiento que ha hecho presa a una importante parte de la humanidad y, al mismo tiempo, detectar con claridad y franqueza lo que en él nos desviaría de Cristo y del cristiano. Hacer que el cristiano se sienta libre y no acobardado ante el marxismo. Hacerlo capaz de una colaboración honrada y al descubierto en la medida y límites en que lo exige el bien común, pero no menos capaz de criticar y distanciarse donde lo requiere la conciencia cristiana. El silencio, permítasenos decirlo una vez más, jamás será un buen recurso catequético cuando se trata de un movimiento de tal importancia.